

# La razón de la memoria

*Ricard Vinyes*

Si en algún lugar vive la historia, ese lugar es sin duda la memoria. En archivos y libros aguarda, en la memoria habita.

No deberíamos pensar en la memoria (ni trabajar con ella) como si fuera una fotografía que reproduce la imagen quieta de una situación desaparecida. Ni siquiera como algo semejante al firmamento, una muchedumbre de luces espléndidas flotando en un plasma oscuro como la historia, noticias brillantes pero muertas hace millones de años que nos cuentan cómo era todo antes de perecer. La memoria es exactamente lo contrario, es supervivencia constante. Supervivencia de la historia porque a través de la memoria la historia continúa viviendo y reelaborando las esperanzas, proyectos o desánimo de hombres y mujeres que buscan dar un sentido a la vida, encontrar (o poner) orden en el caos, soluciones conocidas a problemas desconocidos, quizá nuevos. La memoria es historia en acto.

La historia recordada que genera la memoria es la materia de la que están hechas esas esperanzas y proyectos o fracasos. Pero también alimenta la sabiduría social de todos los sujetos, si bien para las clases subalternas, aún hoy, es la fuente principal de conocimiento e interpretación de su existencia. Probablemente por eso un estupendo proverbio kenyata dice que «Cuando el león encuentre a alguien que le escuche, entonces, la historia dejará de ser escrita por el cazador». Suena como si el león hubiese estado en Auschwitz, o en la Prisión de Madres Lactantes, aquella torre siniestra cercana al puente del Manzanares. Hoy sabemos que cuando los supervivientes cautivos y cautivas salieron de campos y cárceles, nadie les escuchó ni atendió, y sólo con esa herramienta cognitiva que es la memoria consiguieron poner orden a su experiencia, las conclusiones de cada uno fueron distintas y también los desenlaces vitales, pero la memoria actuó —y aún actúa en los que viven— como instrumento de orden, de búsqueda y de *logos*; así lo cuentan Primo Levi o Juana Doña o María del Carmen Cuesta.

Los profesionales llegaríamos más tarde, y nos percatamos de que la historia recordada raramente concuerda con la historia de los historiadores. Fue en Italia, desde fines de los cincuenta y hasta los primeros ochenta donde se produjeron las mejores reflexiones sobre el asunto: desde Ernes-

to De Martino a Sandro Portelli (pasando por Luisa Passerini, Ginzburg o Cirese) se efectuó un esfuerzo por comprender la naturaleza de la memoria, de la historia recordada, de su verbalización y de su relación con la historia (las historias) de los historiadores.

En general, se aceptó que la arrogante benevolencia profesional para con los productos de la memoria carecía de fundamento, que la historia recordada y la de los historiadores siguen cada una su propio curso porque tienen impulsos y signos distintos, se guían por lógicas diversas y ambas están sujetas a distintos criterios de validez o verificación. En consecuencia no tiene sentido alguno preguntarse si las opiniones o afirmaciones de la historia recordada, traducidas en palabras, son verdaderas o falsas según los criterios establecidos por la investigación histórica profesional. Dicho de otro modo, la materialidad (verbal o escrita) de la historia recordada, su eficacia, su potencial histórico, no se basan en su verdad literal. Por otra parte, la verdad no es algo que la ciencia persiga, ni por supuesto la historia profesional; tan sólo deseamos comprender por qué sucedió así y no de otro modo (si es que así sucedió) y contarlo de manera razonablemente argumentada. Marc Bloch, muy poco antes de ser fusilado por los nazis, lo explicó muy bien. Nuestro problema no son los hechos o acontecimientos (*événements*), por supuesto que debemos conocerlos, (eso es tan obvio que ni siquiera merecería precisarlo), pero nuestra meta es comprender la presencia del pasado en el presente. Por ello, los acontecimientos recordados que ofrece la memoria no son lo relevante para el historiador. Más bien el hecho histórico relevante es la memoria en sí misma, puesto que no se trata de reconstruir procesos históricos con recuerdos, sino de examinar la vivencia individual y colectiva de la historia y sus efectos sobre los periodos históricos posteriores.

Eso resulta sorprendentemente útil. Por ejemplo, la conmoción de conciencias que conllevó la victoria nacionalista de 1939, el impacto de la guerra civil, la represión de postguerra, adoptaron una dimensión tan importante en el seno de la sociedad española, que constituyó la principal fuente de alimentación de aquel bloque de consenso que formó lo que hoy denominamos «franquismo sociológico», y repercutió tanto en el afianzamiento del nuevo régimen, como en la evolución de la transición democrática a mediados de los años setenta. La comprensión de todo el proceso de 1936 a 1981 resultaría muy incompleta, estructural, si no pudiéramos integrar en la reconstrucción del periodo y proceso aquella conmoción de conciencias, sus miedos y dimisiones vitales, los vacíos biográficos y la reconstrucción de esperanzas.

Para quien recuerda, los hechos son transformados en experiencias vulnerables por el tiempo. Para quien investiga, los hechos recordados, o las experiencias transmitidas, son rutas para comprender históricamente la memoria e integrarla como dato.

La memoria es una fuente de información por sí misma, por ello resulta sorprendente la obsesión por transcribir literalmente un relato en nombre de la fidelidad: ¿Para qué sirve? ¿Acaso es necesario un historiador o un antropólogo para transcribir las actas de una reunión del Banco Mundial o de la Asociación de Vecinos de cualquier barrio? Sin duda con alguien bien adiestrado en mecanografiar y una buena dosis de paciencia es suficiente, no se requiere nada más. ¿Hacemos inventarios o construimos explicaciones?

El historiador actúa siempre como agente participante que relaciona, conecta y decide; eso es lo que hace con las fuentes escritas, y eso es lo que debe hacer con las fuentes orales si pretende seguir actuando como profesional. No es un comunicador que rescata a la luz pública un documento, es un constructor, un honrado constructor, al menos la honradez se le supone (como a los militares el valor), así debe ser. El resto depende de su pericia y formación.

Para terminar deseo proponer un ejemplo. A mediados de la década de los setenta una mujer republicana y militante comunista que había sufrido largos años de cárcel en distintos presidios de España decidió armarse con una grabadora y recorrer el país en busca de sus antiguas compañeras de prisión. Eran muchas. Quería recoger su testimonio y transmitirlo.

Su empresa tardó cuatro años y el resultado fue de una riqueza impresionante. Hizo transcribir las cintas, y parte de ellas dieron lugar a tres volúmenes que se editaron a lo largo de la siguiente década, entre 1982 y 1986. Su obsesión fue una transcripción literal y exacta, lo consiguió prácticamente en un 100% (yo mismo he contrastado no hace mucho las transcripciones y las cintas). Tomasa Cuevas, la autora, nos ha legado unas fuentes primarias extraordinarias e irrepetibles, pero en modo alguno una reconstrucción histórica; no era esa su voluntad. Su vocación consciente era recolectar hechos, pero aparecieron memorias. Por eso el libro de Cuevas, además de recoger sucesos que probablemente acontecieron, registra aquella conmoción de conciencias que transmiten las narradoras en su explicación. Más allá de recuerdos, acumula fuentes primarias para comprender procesos de construcción identitaria de los sujetos conmocionados, las razones de la memoria, sus complejas rutas. El relato de María del Carmen Cuesta, con montones de años de cárcel (ingresó a los quince) es modélico puesto que narra cómo el entorno posterior a los hechos influye en las decisiones

de la memoria. Todo empezó para ella cuando vio en televisión la película *Fahrenheit 451*. Percibió que en su identidad había también un testimonio, eso era ella, en eso podía contribuir, eso tenía sentido aunque nadie escuchara, o más exactamente, pudiera escuchar.

«La gente huye a los bosques y cada uno, hombre, mujer o niño han grabado en sus mentes todo lo que está en relación con la literatura universal, todas las obras, todo género literario; cada uno de esos hombres se convierte en un hombre-libro con el fin y la esperanza de que un mañana esos libros puedan volver a editarse. Yo cuando vi esta película me causó un impacto tremendo porque pensé que éramos cientos, más que cientos, miles de mujeres que, como en esa película guardábamos también en nuestras mentes unos profundos testimonios; unos testimonios que también esperábamos confiadamente que pudieran salir en un momento determinado y poder llenar todas las páginas de la historia (...) hace exactamente cuatro semanas que esta película la volvieron a pasar por Televisión Española, y entonces yo pensaba que cuando la vi por primera vez teníamos una mordaza tremenda que nos impedía que todos esos testimonios de mujeres saliesen a la luz, pero cuando vi ahora esa película, la vergüenza, la impotencia y el dolor me consumían más aún, porque ya no era una mordaza, era una imponente losa que pesaba sobre nosotros, que parecía imposible de levantar, que esta losa pudiera ser la llamada “estrategia política”, una especie de vergüenza colectiva, (...) que presionasen para que no se hablase ahora demasiado de la guerra civil y represiones subsiguientes» (T. C. Vol I, pp. 190-191).

La cita, además de referirse a los temas que comentaba anteriormente (me atrevería a decir que los contiene prácticamente todos), nos recuerda en el último párrafo la dimensión pública de la memoria, su realidad como derecho civil más allá de su interés profesional indudable.

Al fin y al cabo los ciudadanos, que son los herederos naturales de la historia, del recuerdo y de la memoria, tienen derecho a descubrir y conocer de qué forma sus semejantes recuerdan lo que aprendemos en libros y pantallas. Ello contribuye a pensar sobre el presente, nos hace civilmente más sabios y por tanto más libres.